Historias medievales para sensibilidades románticas

Relatos sobre el tiempo de Juan II de Castilla

Montserrat Ribao Pereira, coord.

Universidade de Vigo

Servizo de Publicacións

2018

MONOGRAFÍAS DA UNIVERSIDADE DE VIGO. HUMANIDADES E CIENCIAS XURÍDICO-SOCIAIS, Nº 118.

Edición
Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo
Edificio da Biblioteca Central
Campus de Vigo
36310 Vigo

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2018
© Montserrat Ribao Pereira

Imágenes propiedad de la Biblioteca Nacional de España.
Imagen de portada: Don Álvaro de Luna es herido en una justa. Biblioteca Nacional de España.

ISBN: 978-84-8158-784-5
D.L.: VG 377-2018

Maquetación e impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A.

Reservados todos os dereitos. Nin a totalidade nin parte deste libro pode reproducirse ou transmitirse por ningún procedemento electrónico ou mecánico, incluídos fotocopia, gravación magnética ou calquera almacenamento de información e sistema de recuperación, sen o permiso escrito do Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.

EL CASTIGO DE UN MAL JUEZ

ADOLFO DE CASTRO Y ROSSI

Muerte de D. Alvaro de Luna.

Por la margen del Pisuerga
se divisa un caballero,
todo gala en el vestido,
y el semblante macilento.
Juguetón airosamente
es su caballo altanero,
como aquel que va ostentando
de oro y flores los arreos.
Allí camina a galope,
vence en ligereza el viento,
su señor lleva las alas,

sus plumas y sus cabellos.
Apenas la tierra siente
de las pisadas el eco,
cuando la arena levanta
a la faz del caballero.
Nubes son con que le cerca,
nubes con que juega el céfiro,
favor al que hizo a las nubes
dosel de sus pensamientos.
En su carrera le ayudan
esperanzas y deseos;
mas también lo precipitan
terror y remordimientos.
Es Juan Velázquez, Velázquez
del rey don Juan consejero,
uno de los doce jueces
que espanto a Castilla dieron,
los que a muerte condenaron
por odio vil o vil premio
a don Álvaro de Luna,
después del rey, el primero.
El cuchillo, que al maestre
cortó para siempre el cuello,
clavose desde aquel punto
de Velázquez en el pecho.
Al pie del cadalso juzga
que está en cadenas su cuerpo,
y su sombra es la que corre,
su sombra la que va huyendo.
¡Huyendo! Y vuela a casarse
con doña Luz de Acebedo,
hermosa, a cuya pintura
no halla voz el pensamiento.

Tras sí arrebata los ojos,
tras los ojos los deseos,
corazón y voluntad,
y aun la vida con aquellos.
El amor de Juan Velázquez
atrás dejaba los tiempos,
y a vivir se adelantaba
su mente en lo venidero.
Así su felicidad
tan antigua era en su pecho
que a instantes le parecía
no esperanza y sí recuerdo.
Velázquez en su carrera
detiene al bruto ligero,
cerca ha sonado el clarín,
clarín que respira fuego.
El caballo al son responde
con un relincho violento,
embravécese y Velázquez
puede apenas contenerlo.
Eriza la crin, aguza
las orejas, alza el cuello,
y aventando las narices,
echa espuma y muerde el freno.
A las puertas ha llegado
del castillo de Acebedo;
pajes vestidos de luto
lo reciben sin su dueño.
Un anciano se le acerca,
venerable en el respeto,
con la tristeza en los ojos,
con la voz en el silencio.
Al fin le dice: "Engañado

venís, señor; idos luego,
las bodas, que aquí aplazasteis,
bodas serán para el cielo.
Hoy vuestra esposa ha expirado;
Dios con los brazos abiertos
la recibió; que en su cruz
ella clavó el pensamiento.
De sepulcro y de pirámide
le servirá un monasterio,
de corona las estrellas
y las flores de trofeos.
En mármol se verá escrito
con una pluma de hierro
su nombre, que guardarán
los ángeles y el respeto".
Velázquez da un grito agudo,
deja el caballo y frenético
al buen anciano atropella
y a los pajes y escuderos.
Corre, llamando a su amada,
de aposento en aposento,
con voz que empiezan sus labios
y acaba el eco del eco.
Encuentra al fin el cadáver
de su idolatrado dueño
que pretendió hacer hermosa
aun a la muerte en su lecho.
Se hablaron confusamente
en ese instante tremendo
el cadáver y el espanto,
el amor y el caballero.
Vio en su mismo original
del desengaño el aspecto,

mudo Velázquez e inmóvil
quedó así por breve tiempo.
Al cadáver un relámpago
alumbra en aquel momento,
también alumbra a Velázquez
en su razón casi muerto.
Alza los ojos y mira,
si mirar puede, un objeto
que sobre el cadáver vaga
acompasado y sangriento.
De don Álvaro de Luna
es la cabeza. Severo
contempla allí los dolores,
contempla allí los tormentos
de aquel juez que decidiera
a los demás con su ejemplo,
y en su dicha ya difunta
ve el cadáver más horrendo.
Don Juan insensible queda,
erizados los cabellos,
cual serpientes que se enroscan
o con furor o con miedo.
Llámanlo pajes y amigos,
que no ven lo que está viendo,
sordo Velázquez se hallaba
a sus continuos acentos.
Torna en sí, sobre el cadáver
ve a don Álvaro en efecto,
muerde con terror su lengua,
rásgase con ira el pecho.
Huye de aquel espectáculo,
la visión lo va siguiendo,
monta a caballo y tras él

la visión va por el viento.
Ciérrase al punto la noche
con su manto tremendo,
sale de la selva el noto,
entre las nieblas envuelto.
La escarcha cubre sus alas,
y por doquier va su vuelo
resonando tempestades
y granizos sacudiendo.
No sabe do están las riendas
el infeliz caballero,
a las crines corre asido
y el rostro hacia atrás volviendo
llama a la muerte y presume
que aun lo desecha el infierno
con los rugidos que forma
en su cabellera el viento.
Su caballo derribado
lo arroja a un lugar funesto,
es de San Andrés la ermita,
de ajusticiados entierro.
Don Álvaro allí reposa,
y el juez temblar siente el suelo,
cual si sacudir quisiera
de sus delitos el peso.
Juan Velázquez de rodillas,
imagen del desconsuelo,
pide contra sí venganza,
que es el único remedio.
Al aire de sus suspiros,
al aire de sus acentos,
en nubes mil se levantan
las cenizas de los muertos.

Con ellas le dan en rostro
y en ellas él queda envuelto,
poco trabajo le cuesta
el alma soltar del suelo.
Mas en su horrible agonía,
en su impensado tormento,
le pareció que estrechaban
sus brazos un ángel bello.
Era su amante, su amante
que en un engañoso sueño
a la muerte parecido
aterró amigos y deudos.
Volvió en sí, ¡nunca volviera!,
de don Juan temió el suceso,
que los amantes ausentes
se escuchan los pensamientos.
Corrió tras él, escoltada
por parientes y escuderos,
oyó sus quejas, la noche
las llevaba por el viento.
Sin perderse ni una sílaba
en suspiros tan lejos,
el alma las repetía,
la ahogaba su mismo aliento.
Tarde llegó, no tan tarde,
que el suspiro postrimero
no recogiese a su amado
con el más fúnebre beso.
Marchito el rostro, sin lágrimas
secose su sufrimiento,
y al alma huyó toda entera
la hermosura de su cuerpo.
Erigió Luz a Velázquez

suntuoso mausoleo,
con su estatua de rodillas
en cercano monasterio.
Una cabeza de mármol
puesta se mira en su centro,
cual padrón de la sentencia
y para el vulgo misterio.
Con un manto blanquecino,
que era el luto de aquel tiempo,
junto a la tumba una dama
oraba, el rostro cubierto.
En lo inmóvil parecía
la estatua del caballero;
y también en lo insensible
el cadáver que había dentro.
El mármol era sin duda
su continuo consejero,
y para mirar su rostro
el mejor de los espejos.
De doña Luz no se supo,
quedó el castillo desierto,
los amigos a otras sombras
y los criados con ellos.
Las almenas carcomidas,
lloviendo tierra los techos,
apuntalados los arcos
y los puntales cayendo.
Desbaratadas las puertas,
el patio de ortigas lleno,
las huertas y los jardines,
agostadas y deshechos.
Entre las piedras del muro

yerbas y flores naciendo,
en las grietas avecillas
entonando sus gorjeos.
De los señores los túmulos
solitarios y entreabiertos;
sin el polvo sepulcral
por las ruinas los huesos.
Los blasones corridos
por las lluvias y los vientos;
murallas sin centinela,
cabras monteses sin dueño.
¡Palomas, que hacia sus torres
tendéis alegres el vuelo,
esta historia desdichada
gemid en arrullos tiernos!